

La locura de Nabucodonosor (Daniel 4:1-37)

Introducción

Parece obvio que transcurrieron varios años desde la experiencia de los amigos de Daniel en el capítulo anterior y el sueño de Nabucodonosor que ahora vamos a considerar. Todo indica que el rey había consolidado su hegemonía política y militar, había edificado ciudades, palacios y engrandecido a Babilonia. Se trataba, por lo tanto, de un período de tranquilidad en el que Nabucodonosor se sentía tranquilo y satisfecho por todo lo que había conseguido. Teniendo en cuenta que este monarca tuvo un reinado bastante largo, 43 años (605 al 562 a.C.), y que la locura descrita en este pasaje duró siete años, después de los cuales todavía disfrutó de algunos años más en el trono, es razonable situar estos acontecimientos a partir del año 33 de su reinado.

Los grandes éxitos conseguidos por Nabucodonosor le habían llevado a estar confiado en su trono, lo que parece lógico. Pero al mismo tiempo, también se había ido llenando de orgullo y altivez contra Dios. El hecho de construir una enorme estatua y obligar a todos a postrarse ante ella para adorarla, ya sirvió para mostrarnos a un hombre lleno de orgullo y sin respeto hacia Dios.

En la Biblia encontramos ciertos principios a través de los cuales el Señor trata con los hombres. Uno de ellos es que Dios humilla a los soberbios y exalta a los humildes (**Stg 4:6**). Por eso, cuando una persona se enaltece por encima de sus semejantes, y en su orgullo llega a pensar que está al mismo nivel que Dios, entonces su caída está próxima. No importa si se trata del gobernante más poderoso de la tierra; Dios no está dispuesto a compartir su gloria con nadie. Siglos antes, Faraón de Egipto ya había tenido que descubrir que el único al que pertenecen el poder y la gloria es al Dios del cielo.

Ahora bien, aunque lo que aquí tenemos es un juicio directo contra la arrogancia de Nabucodonosor, en realidad, toda Babilonia es presentada en la Biblia como un símbolo del orgullo humano que se levanta contra Dios (**Is 47:7-8**).

En cuanto al relato que tenemos ante nosotros, hemos de notar que se nos presenta como un edicto oficial por medio del cual Nabucodonosor quiere dar testimonio de cómo Dios había dirigido su vida. En realidad, Dios se le había revelado de forma directa en varias ocasiones, y aunque él había quedado muy impresionado, no por eso había llegado a convertirse en un adorador del Dios de los cielos. Recordamos las dos ocasiones previas descritas en los primeros capítulos de Daniel, pero también el testimonio que había recibido por medio del profeta Jeremías. No hemos de olvidar que cuando Jerusalén fue capturada definitivamente, Nabucodonosor había ordenado a su general que cuidara del profeta Jeremías y no le hiciera ningún daño (**Jer 39:11-12**). Sin duda, esto era porque conocía las predicciones que este profeta llevaba tiempo haciendo sobre él y lo que iba a hacer en Jerusalén (**Jer 21:1-7**) (**Jer 25:1-14**). Pero aun habiendo tenido revelaciones tan claras de Dios, con todo, Nabucodonosor no se había convertido en un verdadero adorador suyo. Pero ahora las cosas iban a cambiar.

El edicto de Nabucodonosor

(Dn 4:1-3) "Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y

cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación.”

Lo que ocurrió en la vida de Nabucodonosor fue tan importante que él mismo quiso dar testimonio de ello *“a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra”*. Lo hizo por medio de un edicto imperial que inicialmente circularía ampliamente por todo su reino, y que más tarde, el Espíritu Santo llevó a Daniel a incluirlo como parte inspirada de las Sagradas Escrituras. Suponemos que Daniel incorporó el escrito de un rey pagano porque servía para dar la gloria a Dios, pero también porque sabía que el cambio producido en el rey era auténtico y estaba fuera de toda duda.

Es admirable el deseo de Nabucodonosor de dar testimonio acerca del Dios del cielo al que finalmente había llegado a conocer de manera personal. Y lo hace con todos los medios a su disposición. ¡Cuánto tenemos que imitar este deseo!

Nabucodonosor declara varias cosas acerca de este Dios. Veamos cómo lo hace.

1. “Paz os sea multiplicada”

En primer lugar es interesante notar las palabras con las que empieza su edicto: *“Paz os sea multiplicada”*. Es verdad que esta era una fórmula habitual con la que en aquella época se comenzaban este tipo de escritos, pero dado el contenido de este edicto, bien podemos decir que en este caso encierra una gran verdad. Aquel que en otro tiempo había sido el terror de las naciones ahora les deseaba paz.

Seguramente, cuando muchos de los reinos que él había conquistado recibieran aquel edicto, comenzarían dudando de que sus deseos hacia ellos fueran realmente de paz. ¿Qué paz podrían tener después de que sus ejércitos habían conquistado, destruido, deportado y aniquilado sus reinos? Pero lo cierto es que ahora Nabucodonosor les hablaba desde el corazón.

Salvando las grandes diferencias, esto nos recuerda el comentario que se hacía del apóstol Pablo una vez que dejó de ser un perseguidor de la iglesia para convertirse en un ardiente predicador de Cristo:

(Ga 1:23) “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba.”

¿Es posible que las personas puedan llegar a cambiar de esa manera? ¿De qué modo podía llevarles ahora Nabucodonosor la paz? Bueno, en realidad, sólo Dios puede producir un cambio tan sorprendente en las personas. Y de algún modo, Nabucodonosor deseaba que todos llegaran a conocerle, para que también disfrutaran de la paz que él mismo había llegado a tener en su corazón.

2. “Las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo”

Así que, pasa inmediatamente a explicar las razones por las que él se había convertido en un adorador del Dios Altísimo. La primera cosa que señala son sus *“señales y milagros”*, que él reconoce con enorme admiración: *“¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas!”*.

Como ya hemos señalado, Dios se había revelado a Nabucodonosor en varias ocasiones, y en todas ellas lo había hecho de una forma asombrosa. Recordemos el caso del sueño que tuvo y que ninguno de sus sabios pudo revelarle ni tampoco interpretarle. O la ocasión en la que los tres amigos de Daniel habían sido librados del horno ardiente por ese mismo Dios. Toda esa evidencia era asombrosa, pero aun así, Nabucodonosor podía haber endurecido su corazón y no recibirla. Eso mismo es lo que siglos antes había hecho Faraón después de ver todas las poderosas señales que Dios le mostró por medio de

Moisés. Y lo mismo ocurre con millones de personas en nuestro mundo hoy. Permanecen en incredulidad a pesar de toda la revelación que Dios les ha proporcionado, de modo, que como el apóstol Pablo dijo: *“No tienen excusa”*.

(Ro 1:19-20) “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.”

3. “Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación”

Nabucodonosor siempre había pensado que habían sido su fuerza y sabiduría las que le habían llevado a consolidar su reino y autoridad, pero ahora reconoce que hay un Rey en el cielo que es el verdadero Soberano, el único que tiene el poder y la autoridad supremas.

Pero llega más allá y afirma: *“su señorío de generación en generación”*. Es muy significativo que Nabucodonosor haga esta declaración. Recordemos que cuando le fue mostrado por medio de un sueño que su reino iba a ser sustituido por otros, esto no pareció gustarle nada. En ese sueño vio una enorme imagen construida de diversos materiales. Su reino fue simbolizado por medio de la cabeza de oro, pero debajo de él había otros reinos. Esto no le agrado, y lo siguiente que hizo fue construir una gran imagen enteramente de oro. Era su forma de decir que su reino habría de durar para siempre. No se conformaba sólo con ser la cabeza, quería que su reino fuera eterno. Pero ahora, Nabucodonosor reconoce que el Dios Altísimo es el único que tiene señorío de *“generación en generación”*.

4. La nueva actitud de Nabucodonosor

Además del reconocimiento explícito que hizo de la grandeza de Dios, es interesante que observemos también su actitud. En cuanto a esto hay dos cosas que nos llaman la atención.

La primera de ellas es la forma en la que se dirige a Dios. En ocasiones anteriores, cuando también había sido asombrado por él, se había referido a Dios como el Dios de Daniel o de sus amigos, pero nunca como su propio Dios. Pero ahora su actitud ha cambiado radicalmente y nos encontramos con un testimonio muy personal.

Y en segundo lugar, notamos que adora a Dios después de haber sido humillado muy duramente por él. Tuvo que ser terrible vivir como una bestia por siete años, pero al recuperar la cordura reconoce sin problemas que su castigo había sido justamente merecido. No hay rencor ni odio, sino que por el contrario se muestra agradecido y adora a ese mismo Dios que le había castigado. Al hacerlo, estaba reconociendo también sus pecados.

Nabucodonosor tiene otro sueño y busca su interpretación

(Dn 4:4-9) “Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación, hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo: Beltsasar, jefe de los magos,

ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación.”

Todo empezó un día en el que Nabucodonosor estaba tranquilo en su casa y floreciente en su palacio. Se trataba de un período de su vida cuando ya había conquistado a numerosas naciones y había realizado una inmensa construcción de Babilonia, tal como atestiguan numerosos restos arqueológicos. Podríamos decir que era un merecido tiempo de paz y prosperidad después de los grandes esfuerzos realizados.

En esas circunstancias Nabucodonosor recibió una segunda revelación de Dios a través de un sueño que le asustó: *“Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones de mi cabeza me turbaron”*. A diferencia de la ocasión anterior, en esta sí que recordaba el sueño, pero le intrigaba su significado.

De nuevo el rey volvió a reunir a todos los sabios de Babilonia (*“magos, astrólogos, caldeos y adivinos”*) para que le mostrasen la interpretación del sueño, pero como ya había pasado anteriormente, no pudieron mostrársela. Lo más sensato habría sido despedir hacía tiempo a todo aquel grupo de embusteros y vividores, pero por alguna razón, el rey seguía dependiendo de ellos.

Todo cambió cuando llegó Daniel, al que el rey llamaba Beltsasar, como el nombre de su dios. Parece que él no fue convocado junto con los otros sabios. Quizás su ausencia se debía a que Daniel estaba ocupado en otras tareas de gobierno y ya no formaba parte de este grupo de sabios. Tal vez por eso Daniel no fue obligado a comparecer ante el rey, sino que se presentó por su propia voluntad.

Nabucodonosor difícilmente habría olvidado la fuerte impresión que le había causado cuando interpretó su anterior sueño (**Dn 2:46**), así que sería escuchado con gusto. Al fin y al cabo, todos los sabios juntos fueron incapaces de atender a la demanda del rey. Nos encontramos de nuevo con el contraste entre la luz y las tinieblas.

En todo caso el rey no se había olvidado del profeta hebreo al que recuerda por sus dos nombres: *“Daniel, cuyo nombre es Beltsasar”*. Daniel era su nombre hebreo que significaba *“Dios es mi juez”*, mientras que Beltsasar era el nombre que Nabucodonosor le había puesto en honor a una deidad babilónica. De todos modos, reconocía que en Daniel moraba *“el espíritu de los dioses santos”*. Parece claro que el rey no tenía dudas de la diferencia entre los dioses de su panteón y el Dios de Israel, aunque en ningún momento había decidido reconocerlo como su Dios personal. Él era como esas personas que acuden a la Palabra de Dios como el último recurso ante problemas para los que no tienen otra solución, pero que la ignoran el resto de sus vidas.

Nabucodonosor contó el sueño a *“Beltsasar, jefe de los magos”*. Al tratarle de este modo estaba reconociendo que había demostrado ser más sabio que todos ellos. Y esto fue lo que le dijo: *“ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación”*.

Una vez más, ante el fracaso de sus hechiceros, este rey pagano y politeísta tenía que reconocer que necesitaba la ayuda de Jehová, el Dios de los judíos.

Nabucodonosor explica su sueño a Daniel

(Dn 4:10-18) *“Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este*

árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne. Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: *Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos.*”

El sueño no encerraba grandes dificultades. Nabucodonosor había visto un árbol en medio de la tierra que le llamó la atención por su tamaño, belleza y fruto. En él encontraban alimento y refugio muchos animales que vivían a su cobijo. Sin embargo, aunque este árbol crecía y se hacía fuerte, de tal modo que su copa llegaba hasta el cielo, la tragedia lo alcanzó. Esta vino por medio de un mensajero enviado del cielo, al que Nabucodonosor, como rey pagano identifica como *“un vigilante y santo que descendía del cielo”*. Este mensajero dijo que el árbol debía ser derribado, sus ramas cortadas, sus hojas arrancadas y su fruto esparcido, de tal manera que los animales y aves que habían encontrado refugio en él fueran dispersados. Sin embargo, la cepa de sus raíces no debía ser cortada, sino asegurada en la tierra con atadura de hierro y de bronce.

Luego el sueño cambia, y el árbol se convierte en un hombre al que le es dado *“corazón de bestia”*, y como tal se comporta viviendo con las otras bestias, mojándose con el rocío del cielo y comiendo hierba de la tierra. Ese estado se prolongaría por un período de *“siete tiempos”*, que probablemente indique siete años.

El propósito de todo lo que el sueño predecía era para *“que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres”*.

Daniel interpreta el sueño de Nabucodonosor

(Dn 4:19-27) *“Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Beltsasar respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren. El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, y cuya copa llegaba hasta el cielo, y que se veía desde todos los confines de la tierra, cuyo follaje era hermoso, y su fruto abundante, y en que había alimento para todos, debajo del cual moraban las bestias del campo, y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra. Y en cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: Cortad el árbol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo;*

y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta que pasen sobre él siete tiempos; esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.”

1. El conflicto personal de Daniel cuando recibe la interpretación del sueño

Daniel llegó a saber cuál era la interpretación del sueño de Nabucodonosor, y por esa razón *“quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban”*. ¿Por qué llegó a turbarse de ese modo? Seguramente el aprecio que Daniel tenía hacia el rey le llevaba a intentar evitar informarle de un mensaje de juicio como el que el sueño revelaba. En todo caso, esta no es la única ocasión en la que Daniel fue afectado espiritual y físicamente por las revelaciones que recibía (**Dn 7:15,28**) (**Dn 8:27**) (**Dn 10:16-17**). En esto notamos que él no era una máquina que transmitía la voluntad de Dios de una forma fría, sino que de algún modo tomaba parte en el mensaje que tenía que comunicar, y eso le llevaba a tener conflictos personales.

Cuando Nabucodonosor notó la turbación de Daniel, le animó a compartir el significado del sueño con él. Sabía que podía confiar plenamente en tan fiel consejero.

Con una actitud respetuosa, Daniel declaró que hubiera preferido que el sueño se refiriera a sus enemigos: *“Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren”*.

La situación en la que Daniel se encontraba no era fácil. El mensaje que tenía que comunicar al rey de parte de Dios implicaba que iba a ser degradado al nivel de una bestia. Se requería un valor excepcional para darle una interpretación completa del sueño. Pero Daniel era un profeta fiel que no iba a ocultar nada al rey.

2. “El árbol que crecía y se hacía fuerte... tú mismo eres, oh rey”

Daniel comienza repitiendo la descripción del grandioso árbol que Nabucodonosor había visto en su sueño para pasar a explicarle inmediatamente que era un símbolo de él mismo y de su reino.

Al igual que el árbol de su sueño, su reino se había extendido y consolidado bajo su liderazgo, de tal modo que su imperio había llegado a ser el más grande de todos los tiempos.

Muy probablemente, esta primera parte de su sueño no le causó ninguna preocupación a Nabucodonosor, más bien pudo haber hecho que se enorgulleciera considerando la grandeza de su reino.

Pero el problema de todo esto, y lo que realmente provocó el juicio divino, es que Nabucodonosor mantenía una actitud orgullosa y altiva, a tal punto que tenía intenciones de reemplazar a Dios. Este árbol que se hacía fuerte *“y su copa llegaba hasta el cielo”*, nos recuerda necesariamente a la torre de Babel, donde la arrogancia llevó a los hombres de aquella época a pensar de un modo similar: *“edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre”* (**Gn 11:4**). Y encontramos un caso muy similar en el profeta Ezequiel, cuando utiliza la misma metáfora del árbol para

describir el orgullo de Asiria (**Ez 31:3-14**). También en ese caso, el hecho de “*ser encumbrado en altura, y haber levantado su cumbre entre densas ramas*”, le llevó a que “*su corazón se elevara con su altura*”.

El profeta Isaías recogió perfectamente los pensamientos del rey de Babilonia:

(Is 14:13-14) *“Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.”*

El hombre no está preparado para recibir gloria, y cuando esto ocurre, con toda facilidad se envanece y se llena de orgullo para su propia destrucción. Se creen dioses no siendo nada más que pobres hombres. Sólo tenemos que ver cómo en nuestros días muchos de los actores o deportistas famosos acaban muy mal sus días por esta causa.

3. El juicio sobre Nabucodonosor

A continuación llegan las malas noticias. El encargado de hacerlas llegar es “*un vigilante y santo que descendía del cielo*”. Esta es la forma en la que lo entendía un rey pagano como Nabucodonosor, pero probablemente se refiera a lo que nosotros conocemos como un ángel. En todo caso, la sentencia provenía “*del Altísimo*”.

El juicio anunciado consistía en cortar el árbol, y además, para evitar que siguiera creciendo, sería atado con “*atadura de hierro y de bronce*”.

Pero a partir de aquí hay un cambio en las figuras empleadas, de tal manera que la cepa del árbol se identifica con una bestia. Y tal como Daniel explica, todo esto anunciaba que Nabucodonosor sería removido de su posición de autoridad en su reino y sería echado fuera del palacio para vivir como un animal entre las bestias del campo hasta que pasaran siete tiempos. En ese tiempo el rey viviría como un demente. Los médicos describen esta enfermedad mental como zoantropía, lo que le lleva a la persona a que reaccione y se comporte como un animal, aunque al tratarse de un juicio divino, no hay ninguna necesidad de establecer ningún paralelo con alguna enfermedad previamente conocida. En todo caso, el rey no podía caer más bajo.

Ahora bien, por medio de este juicio Dios estaba diciendo algo muy importante: Cuando un hombre se enorgullece contra él, está perdiendo aquello que le caracteriza como auténticamente humano, porque el hombre ha sido creado para glorificar a Dios, no a sí mismo.

4. El propósito del juicio

Daniel explica al rey cuál iba a ser el propósito de esta dolorosa experiencia: “*que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere*”.

El poder que Nabucodonosor había llegado a acumular le hacía pensar que él tenía el dominio absoluto en el reino de los hombres, pero esto era falso. El único Soberano es Dios, a quien el rey en su orgullo había menospreciado. Y era ese mismo Dios, contra el que él se enorgullecía, quien le había dado la autoridad que ostentaba, pero que del mismo modo se la podía quitar, como de hecho estaba a punto de hacer.

Es importante subrayar que Dios no ha abdicado ni ha abandonado su reino. Él sigue siendo el Altísimo y tiene todo el dominio en el reino de los hombres.

5. Una promesa de restauración

Dios iba a demostrar a Nabucodonosor que era él quien gobernaba. La prueba consistiría en que su reino le sería devuelto cuando reconociera que *“el cielo gobierna”*, que es una expresión para referirse a Dios sin usar su nombre.

Esto sería sin duda un hecho milagroso, porque en todos los reinos y en el mundo de la política, siempre hay rivales deseosos de ascender. Pero para que Nabucodonosor comprendiera que era cierto que quien ponía y quitaba reyes era Dios, su reino le sería devuelto una vez que recuperara la cordura.

6. El consejo de Daniel

Daniel terminó exhortando al rey para que reconociera sus pecados: *“Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad”*.

Aquí vemos un principio espiritual que encontramos también en otras partes de las Escrituras: Cualquier sentencia puede ser anulada si se interpone el arrepentimiento (recordemos el caso de Nínive ante la predicación de Jonás). La decisión que Nabucodonosor tomara determinaría cómo viviría los próximos años. Como siempre, nuestras decisiones actuales determinan nuestra condición futura.

Daniel aconseja al rey que se arrepienta, algo que un monarca como aquel no estaría acostumbrado a escuchar. Sin duda, este arrepentimiento debería ser en primer lugar en relación al Dios del cielo a quien había ofendido. Pero es interesante notar que Daniel incluye también la necesidad de extender su arrepentimiento hacia los hombres, *“haciendo misericordias para con los oprimidos”*. Al fin y al cabo, el amor a Dios implica el amor a nuestro prójimo que ha sido hecho a la imagen de Dios, y Nabucodonosor, como suele ser corriente entre los poderosos del mundo, había conseguido su inmenso poder a base de carecer de justicia y misericordia para con los hombres.

En cuanto a la traducción que dice: *“tus pecados redime con justicia”*, debemos aclarar que el verbo traducido aquí por *“redimir”* significa literalmente *“romper con”*. La idea sería: *“Pon fin a tus pecados haciendo justicia”*. Es importante aclarar esto porque de otro modo podría parecer que Dios le estaba prometiendo al rey el perdón de sus pecados a cambio de hacer buenas obras, cosa que sabemos por otras partes de la Escritura que es imposible (**Ef 2:8-9**).

Ahora bien, aunque la salvación es por *“la fe sin las obras de la ley”* (**Ro 3:28**), olvidamos con frecuencia que una fe que no produce obras está muerta o no existe: *“la fe sin obras es muerta”* (**Stg 2:20**). Por lo tanto, lo que Daniel le está indicando al rey es que debía de producir frutos dignos de su arrepentimiento. El verdadero arrepentimiento no implica únicamente dejar de hacer el mal, sino también aprender hacer el bien.

Notemos dos grandes verdades que se desprenden del consejo de Daniel. La primera es que Dios extiende su amor y oferta de perdón a todos los hombres, incluidos, por supuesto, aquellos que no eran judíos. Y en segundo lugar, que no hay hombre tan malvado al que Dios no pueda perdonar. Nabucodonosor es un buen ejemplo de ambas cosas.

Si el rey hubiera escuchado las sabias palabras de Daniel, se hubiera librado de siete años de locura, pero como veremos a continuación, no quiso escucharle.

El cumplimiento de la visión

(Dn 4:28-33) *“Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves.”*

Todo parece indicar que aunque Nabucodonosor recibió la interpretación de Daniel con preocupación, pronto se olvidó de ella y de la exhortación que le había hecho. Pero los juicios de Dios siempre llegan.

(Nm 23:19) *“Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”*

En este caso pasó un año entero antes de que la sentencia se cumpliera. Un año en el que Nabucodonosor tuvo la oportunidad de arrepentirse. Un año en el que Dios soportó con paciencia la orgullosa actitud de este rey. ¡Qué paciente es Dios! Pero su gracia, compasión y paciencia no son comprendidas por los hombres impíos.

Pero puesto que Nabucodonosor continuó en su pecado de orgullo, Dios trajo el juicio anunciado sobre él.

Veamos cuáles eran los pensamientos del rey cuando todo esto ocurrió: *“Paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?”*.

Los testimonios que nos han llegado de la antigüedad confirman que la fama que Babilonia tenía como una de las siete maravillas del mundo antiguo estaba ampliamente justificada. Los reyes que precedieron a Nabucodonosor únicamente se ocuparon de realizar conquistas, pero él, además de seguir en esa misma línea, se destacó también como el gran constructor de Babilonia. Según testimonios antiguos, la ciudad tenía más de 5 kilómetros cuadrados de extensión y estaba protegida por una muralla exterior de un ancho que permitía que cuatro carros circularan al mismo tiempo por ella con el fin de vigilarla. En su interior, la ciudad fue hermoseedada con bellos palacios, jardines colgantes, infinidad de templos y santuarios. En conjunto, la belleza de esta imponente ciudad dejaba una impresión duradera en todos aquellos que la veían. En cierto sentido, Nabucodonosor tenía razones para enorgullecerse de las hermosas obras de construcción que había realizado.

Ahora encontramos al rey dando *“un paseo por la terraza del palacio real”*, haciendo alarde de sus logros, cuando vino una voz del cielo que confirmó su sentencia. Desde la caída de Adán, el orgullo humano siempre ha sido su principal problema.

Nabucodonosor no quería aceptar que todo lo que tenía era un regalo de Dios, sino que pensaba que era fruto de su propia capacidad, por esa razón, en lugar de glorificar a Dios, decidió glorificarse a sí mismo, pero Dios no lo iba a permitir esto, así que se dispuso a humillarlo.

En primer lugar, puesto que él creía que todo funcionaba debido a sus habilidades como rey, Dios lo iba a separar de las funciones de gobierno durante siete años, después de los cuales descubriría que todo seguía igual, aunque durante ese tiempo no habían podido contar con él para nada. Y en segundo lugar, puesto que razonaba y se comportaba como una bestia, Dios iba a hacer que realmente lo fuera en todos los sentidos. Así que *“en la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves”*.

Quizá debido a su posición real, Nabucodonosor fue aislado en un jardín privado impidiendo que el pueblo tuviera ocasión de contemplar su lamentable condición.

La restauración de Nabucodonosor

(Dn 4:34-37) “Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.”

1. Nabucodonosor reconoce al soberano Dios del cielo

Transcurridos los siete años, Nabucodonosor recobró la razón y bendijo al Altísimo. De alguna manera, la mente del rey todavía conservaba momentos ocasionales de lucidez, y en uno de ellos *“alzó sus ojos al cielo”*, lo que viene a ser una forma de decir que reconoció la soberanía absoluta del Dios del cielo.

A partir de ese momento Nabucodonosor experimentó un cambio asombroso. Hasta entonces, lo único que le había preocupado era buscar la honra y la gloria para sí mismo, pero a partir de aquí su prioridad era alabar y glorificar al que vive para siempre. También reconoció que el dominio de Dios es sempiterno y su reino por todas las edades. De este modo aceptaba la autoridad suprema de Dios que antes había rechazado.

Continúa explayándose hablando acerca de la superioridad de Dios frente a sus criaturas: *“Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”*. Es el Todopoderoso y su poder es irresistible. Nadie tiene el derecho de cuestionarle.

2. Nabucodonosor es restaurado a su reino

Una vez que el rey hubo reconocido la soberanía de Dios, le fue devuelta la razón y recuperó su reino. Esto también era un milagro, porque sin duda habría muchos que habrían aprovechado la situación para adueñarse de su trono. De hecho, según su estado de locura se prolongaba en el tiempo, nadie pensaría que volvería en sí, lo que llevaría a pensar en la necesidad de buscar un sustituto para él. Sin embargo, de manera milagrosa, nada de todo esto ocurrió.

Es más, cuando regresó a su trono, él dice que le fue añadida mayor grandeza. Con esto se confirma el principio bíblico de que Dios honra a los que le honran (**1 S 2:30**). Esto es una evidencia clara de que el perdón de Dios es auténtico y generoso.

3. Declaración final de Nabucodonosor acerca de Dios

Nos encontramos ahora con las últimas palabras de Nabucodonosor. Después de esto no vuelve a aparecer en las páginas de la Historia Sagrada. Ahora bien, sin saber nada más de la actitud espiritual de este rey después de este acontecimiento, lo más sensato es pensar que llegó a someterse personalmente a la autoridad de Dios y que confiaba en él. Es difícil pensar de que otro modo un rey pagano como él podía llegar a hacer una declaración como esta: *“Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia”*.

Su forma de hablar indica que lo que aquí está expresando era algo que hacía constantemente, que tenía la costumbre de hacer. Además, notamos la reverencia, respeto, honra, admiración y adoración que siente hacia Dios. Incluso reconoce que todos sus caminos son justos, es decir, admite que cuando le humilló lo hizo con justicia. No hay quejas contra Dios por la dura experiencia por la que había tenido que atravesar. Se da cuenta de que había sido su soberbia lo que le había llevado a vivir como una bestia. No se percibe en él ningún tipo de rebeldía contra Dios, más bien, su posición es de humildad y aceptación. Todo parece indicar que llegó a ser un auténtico creyente.

Conclusiones y reflexiones

A través de toda la historia de la humanidad siempre ha habido hombres y mujeres que han tratado de edificar sus pequeños imperios para su propia gloria. Esto incluye a los emperadores de todos los tiempos, pero también a los magnates de las grandes corporaciones económicas de nuestros días, o incluso a los líderes religiosos que trabajan para establecer grandes y poderosas organizaciones. El relato de la vida de este monarca nos advierte del peligro de esforzarnos por engrandecer nuestro propio nombre y no el de Dios.

Otra importante advertencia que recibimos en este pasaje tiene que ver con el pecado del orgullo. Este es el pecado básico y original de la humanidad y consiste en vivir en independencia de Dios, ocupando su lugar (**Ez 28:2**) (**Gn 3:5**). Por supuesto, quien quiera disfrutar de la salvación de Dios, primero tendrá que dejar a un lado esa actitud. Pero quien insista en gobernar su vida independientemente de Dios, tarde o temprano recibirá una clase práctica de humildad. Como dijo Nabucodonosor: *“él puede humillar a los que andan con soberbia”*.

Como en el caso de este rey, también encontramos el orgullo humano cuando rehusamos reconocer la mano de Dios en nuestros éxitos en la vida. Nabucodonosor admiraba la belleza de sus construcciones y decía: *“¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?”*. Pero esta misma actitud la encontramos en infinidad de actores de cine, atletas de élite, arquitectos famosos, escritores, directores de cine, y por qué no decirlo, en nuestro propio corazón.

Muchos gobernantes de la tierra desafían constantemente a Dios oponiéndose a su voluntad y rechazándolo abiertamente, pero llegará el día en el que todos ellos tendrán que rendir cuentas ante el Dios Todopoderoso y reconocer como Nabucodonosor, que suyo es el *“dominio sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de*

la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”.

Preguntas

1. ¿Le parece que Nabucodonosor llegó realmente a convertirse? Razone su respuesta.
2. ¿Recuerda otra ocasión en la Biblia en que Dios humilló a los orgullosos?
3. ¿Ha observado algún incidente en el que se cumpliera el principio bíblico de que *“antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Pr 16:18)*?
4. ¿En qué situaciones específicas le domina su propio orgullo o soberbia?
5. ¿Recuerda el caso de algún rey de Israel que comenzó bien su carrera pero en la parte final de su vida se sintió orgulloso de los logros conseguidos y se volvió contra Dios?